



2023. N.º10: EXILIOS

Fecha de recepción: 15/05/2023

Fecha de aceptación: 14/06/2023

SUICIDAS EN EL EXILIO: LA VIDA IMPOSIBLE DE ALGUNOS PERSONAJES DE ROBERTO BOLAÑO



José Manuel García Gil
Universidad de Cádiz
manegar1965@gmail.com

RESUMEN: Exilio y suicidio son dos temas que concurren con frecuencia en la obra narrativa de Roberto Bolaño. Normalmente lo hacen de manera independiente, pero en ocasiones la condición de exiliado de algunos de sus personajes los conduce irremediamente a la muerte voluntaria. Al contrario que el escritor chileno, viven el exilio de manera traumática y no son capaces de integrarse en la sociedad a la que llegan. Reflexionar sobre esa correspondencia entre exilio y suicidio dentro del clima de soledad, violencia, tristeza y melancolía que domina toda la obra de Bolaño es el principal objetivo de este artículo. **Palabras clave:** Roberto Bolaño, exilio, suicidio.

ABSTRACT: Exile and suicide are two themes that frequently concur in the narrative work of Roberto Bolaño. Normally they occur independently, but sometimes the exiled condition of some of their characters leads them to an unfortunate voluntary death. Unlike the Chilean writer, they live in traumatic exile and are not able to integrate into the society in which they arrived. Reflecting on this correspondence between exile and suicide within the climates of loneliness, violence, sadness and melancholy that dominate all of Bolaño's work is the main objective of this article. **Key words:** Roberto Bolaño, exile, suicide.

APROXIMACIONES A LAS IDEAS DE Y SUICIDIO DE EXILIO EN LA OBRA DE ROBERTO BOLAÑO

La muerte violenta y el exilio son asuntos vertebrales de la literatura de Roberto Bolaño. La primera, ya aparezca como accidental, como ajusticiamiento, como sacrificio o, precisamente, como suicidio, merodea siempre las vidas de los personajes que vagan por las páginas del escritor chileno. Ni uno solo de ellos muere tranquilamente en casa, rodeado de sus allegados, sino que buscan o rehúyen la muerte, según cada historia, mostrando que será la idea que de esta construyan la que guiará a menudo sus acciones (Bolognese, “Pistas de un naufragio” 265). Y pese a que tienden, normalmente, a la autodestrucción progresiva, a moverse en una desesperación general, en más de una ocasión deciden emprender un acto tan radical como el de matarse. Quitarse la vida es, evidentemente, una elección demasiado extrema como para ser llevada a cabo en ese contexto de pasividad en el que estos personajes se mueven, pero cuando la desesperación es absoluta y la incomunicación no deja posibilidad de desahogo, se hace presente la alternativa del suicidio (Bolognese, “Pistas de un naufragio” 266).

En esas situaciones límite el suicidio no es para Bolaño un acto de cobardía sino una acción, como su propio concepto de la literatura, de supremo valor ante el curso de los tiempos. La valentía, la voluntad, la independencia, por tanto, son valores con los que el escritor chileno establece un espacio de libertad y se proyecta, como un escritor libre y no deudor de nadie, en las decisiones de algunos de esos personajes cuando de elegir poner término a sus vidas se trata. De tal modo, es frecuente que, entre sus suicidas —en precario equilibrio y segura valentía, en consecuencia—, exista una causa que haga prácticamente imperativo ese acto.

Por otra parte, Bolaño reconoce sin rodeos en algunas entrevistas su inclinación favorable al derecho de autodeterminación con respecto a la propia vida. No pocas son sus reflexiones sobre la muerte voluntaria, considerándola un acto de libertad y liberador, nunca como crimen individual, social o religioso; ni siquiera

como resultado, en todo caso, de algún trastorno mental. Para el escritor chileno se trata de una decisión privada e individual, desde la lucidez y la plena conciencia. A este respecto, ya que locura y suicidio son conceptos que suelen indefectiblemente hermanarse, Bolaño se apresura a distinguirlos:

La locura y el suicidio, me parece, son fantasmas mucho más comunes de lo que la gente piensa. En cierta forma pensamos en términos de locura y suicidio como manera de escapar de la muerte o de engañar a la muerte. Por supuesto, para mí la locura es una enfermedad, que puede ser tratada con fármacos, y el suicidio es una alternativa tan válida como cualquier otra que ejercemos en uso de nuestra libertad de elección. Pero eso no impide que, en ocasiones, se materialicen como figuras fantasmales. (Braithwaite 122)

Esa posibilidad conferida al ser humano de darse a sí mismo la muerte la ve Bolaño como el único consuelo o justificación que podía invocarse ante la existencia: la presencia de una única y definitiva salida: “Descreo —manifiesta— por principio de los callejones sin salida. No existen los callejones sin salida. El suicidio es una salida. Y además es una salida, si bien extrema, muy civilizada. El asesino en masa o el asesino serial o el asesino pasional plantean básicamente un problema de salud pública. Un suicida, sea o no sea discreto, lo único que plantea son unas pocas (pero interesantes) preguntas, y en algunos casos hasta alguna respuesta. El problema es que muy poca gente sabe leer la escritura de los suicidas y en cambio mucha gente está convencida, entusiasmadamente convencida, de conocer la escritura de los asesinos” (Braithwaite 122-23).

Durante la misma entrevista, tras recordar a Cortázar —“es preferible ser un suicida que ser un zombi”—, reconoce en el acto suicida “la libertad soberana, la posibilidad de ser uno mismo quien escriba o intente escribir la última línea. Por supuesto, me refiero al suicida, no al asesino. No me inspira ningún respeto Hitler pegándose un tiro, ni los pobres jóvenes cargados de explosivos que se hacen estallar a las puertas de una sinagoga. Pienso en Salvador Allende o en Gabriel Ferrater, que dijo que vivir más allá de los 50 años no tenía sentido, y cuando cumplió 50 se suicidó. O en Rodrigo Lira, el mejor poeta chileno de mi generación, que algunos dicen que se suicidó para protestar contra la subida del pan. Todos

esos suicidios empedoclianos dejan preguntas, pero también dejan muchas respuestas, solo que no las sabemos leer” (Braithwaite 123).

Preguntas y respuestas que reflejan, también en este asunto, lo cerca que Bolaño está de la novela policiaca, considerando para la construcción de varios de sus relatos el misterio que casi todo suicida —“su último gesto desesperado o enigmático” (Bolaño, “Los detectives salvajes” 497)— lleva consigo y no el suicidio como un acto de impaciencia puro y duro:

Es cierto que todo suicida deja uno o dos misterios detrás de su muerte, pero también es cierto que deja, inevitablemente, cuatro o cinco respuestas, y lo que solemos temer de los suicidas no es el misterio, es decir las preguntas que esas muertes plantean, sino las respuestas que esas muertes ponen delante nuestro y ante las cuales, automáticamente, cerramos los ojos. Sobre si es el suicidio un acto de impaciencia, no sé, no lo creo. En primera instancia (y lo bueno del suicidio es que no hay segunda instancia) es un acto de libertad. (Aspurúa)

De nuevo, sin caer en la idealización, la misma idea del suicidio como acto supremo de libertad, tan inmerso en la vida del hombre que forma parte de ella. Por otra parte, el exilio —y las ideas asociadas de nomadismo, extranjería y patrias— representa uno de los grandes ejes de la producción de Roberto Bolaño. Es conocido, además, que el propio autor viajó de Chile a México y desde este país a España, donde, en una primera etapa, malvivió de diferentes y precarios oficios y de premios literarios municipales y encarnó, en cierto modo, a ese latinoamericano perdido en Europa con el que se le identifica en no pocos de sus cuentos y novelas. Transcurrido cierto tiempo, pasó a definirse como habitante de un país llamado “Extranjilandia”, un país poblado por extranjeros, en tanto que declaraba que se sentía chileno, pero también “muchas otras cosas” (Bolaño, “Entre paréntesis” 36). Y sostenía, además, que quizás por ese motivo nunca se había sentido exiliado en la acepción estricta del término, porque “un latinoamericano jamás está exiliado en España” (Bolaño, “Entre paréntesis” 35) y también porque de tierras mexicanas salió por voluntad propia y no como les ocurrió a los exiliados propiamente dichos.

Bolaño pertenece, en definitiva, a ese grupo de escritores que dan al exilio un valor positivo. Como Augusto Monterroso, el escritor chileno llegará a sentirse pleno en el exilio literario y como el escritor guatemalteco consideró que “el exilio es uno de los grandes bienes que puede recibir un escritor” (*El País*, 30 de julio de 1980). Y se manifiesta críticamente cuando se refiere a “la cantinela del dolor de los exiliados, una música hecha de quejas y lamentaciones y una nostalgia difícilmente inteligible” e interroga de manera inquisitiva: “¿Se puede tener nostalgia por la tierra en donde uno estuvo a punto de morir? ¿Se puede tener nostalgia de la pobreza, de la intolerancia, de la prepotencia, de la injusticia?” (“A la intemperie “ 328). Para Bolaño, el exilio es también, en última instancia, voluntario. Escribe: “Nadie obligó a Thomas Mann a exiliarse. Seguramente las SS hubieran preferido que Thomas Mann no se exiliase” (“Entre paréntesis” 55). En ese sentido, lo consideraba “una cuestión de gustos, caracteres, filias, fobias”. Y apuntaba que exiliarse significaba para algunos escritores “abandonar la casa paterna, para otros abandonar el pueblo o la ciudad de la infancia, para otros, más radicalmente, crecer. Hay exilios que duran toda una vida y otros que duran un fin de semana” (“Entre paréntesis” 50).

A partir de sus palabras puede ahondarse en las inquietudes que con respecto a la idea de tierra extraña Bolaño tenía y donde se preguntaba si el concepto hacía referencia a una realidad objetiva y geográfica u obedecía a una construcción mental fija. De ahí, su descreimiento en la palabra, en lo que implica dicho concepto como tal y, por eso, el ensanchamiento del sentido de tal término, y más si se lo relaciona con la actividad literaria, puesto que, según él, “toda literatura lleva en sí el exilio” (“Entre paréntesis” 49). Y, pocas páginas después, aclara esta afirmación precisando que “existe el inmigrante, el nómada, el viajero, el sonámbulo, pero no el exiliado, puesto que todos los escritores, por el solo hecho de asomarse a la literatura lo son, y todos los lectores, ante el solo hecho de abrir un libro, también lo son” (“Entre paréntesis” 51). En suma, una experiencia, la del exilio, que tiene mucho que ver con la literatura y con la vida, como vida o como actitud ante la vida (Bolaño, “A la intemperie” 325).

Aunque Bolaño llevó a cabo un proceso de integración vital y literario, tanto en México como en España, sin embargo, sus personajes no siempre logran —ni,

tal vez, buscan— ese grado de inserción. Una realidad ingrata que se ve reproducida en sus obras, donde Bolaño presenta lo latinoamericano como un virus que se difunde de modo descontrolado, como algo incómodo que causa molestias. En efecto, sus protagonistas latinoamericanos, ajenos al mundo real en el que se encuentran, siempre son rechazados por los demás. Crean otra realidad diferente — el semejante busca al semejante— en la cual se mueven (Bolognese, “Pistas de un naufragio” 67) y experimentan una condición de exilio forzoso que el escritor chileno no sufrió. Es decir, al contrario que Bolaño, sus personajes no integran su cultura de pertenencia a la de llegada, sino que siguen en su pequeño mundo particular y viven en la nebulosa de su propia exclusión (Bolognese, “Nomadismo, extranjería, patrias posibles” 102). A veces consiguen dejar la nomadía, pero raramente emergen de la condición de extranjería, ya que, hasta en su propia patria o en su continente, siguen sintiéndose extranjeros.

Desubicación, nomadismo, extranjería, patrias, sentimiento de pérdida constante, hasta la literatura, todo parece confluir en una relación profunda —para mal en estos casos que vamos a analizar— con Latinoamérica. Y, tal vez, el único asidero que da sentido a sus vidas sea precisamente la conciencia de ser latinoamericanos. En tal sentido, la única patria posible será la América Latina del recuerdo, del compromiso, de la utopía, de la rebeldía y la pasión, construida a imagen y semejanza de toda una generación maltratada y vencida (Bolognese, “Nomadismo, extranjería, patrias posibles” 103). Una América Latina de la que, por otra parte, destaca a aquellos que deciden poner término a sus vidas voluntariamente:

Lo mejor de Latinoamérica son nuestros suicidas, voluntarios o no. (...) Es decir: somos seres humanos razonables (pobres, pero razonables) (...) Es decir: somos seres que pueden optar en un momento histórico por la libertad y también, aunque resulte paradójico, por la vida. A los innumerables asesinados por la represión hay que añadir a los suicidados por la razón, a favor de la razón. (“Entre paréntesis” 97)

Es posible entonces que, en algunas ocasiones, el exilio implique violencia. Pocos temas ocupan un lugar tan destacado dentro del amplio campo de

investigación sobre la obra de Roberto Bolaño como la exploración de las numerosas dimensiones de la violencia. La posibilidad de que estalle nunca está lejos. La vida de todos estos personajes se ve, por tanto, repetidamente amenazada por ella (Andrews 16). Un elemento, por tanto, configurador del espacio textual del suicidio y con el que también los exiliados tienen que enfrentarse, aun de manera accidental o indirecta, es la violencia. La violencia opera como causa y factor de riesgo suicida y el suicidio es, en consecuencia, una de las formas de muerte violenta. Sin duda, es un acto violento contra uno mismo, pero además entre los personajes de Bolaño es un acto redundante que se comete, como veremos en uno de los casos, después de haber protagonizado otros episodios de violencia común o de género.

ELEMENTOS DEFINITORIOS DE LA OBRA DE ROBERTO BOLAÑO PRESENTES EN SUS SUICIDAS EXILIADOS

Las causas para matarse de forma voluntaria entre los personajes de Bolaño son las mismas que desde el inicio de los tiempos: el dolor, la desesperación, el miedo, el hastío, la tristeza, la venganza o la vergüenza, entre otras. Si bien estos móviles, barajados de dos en dos o de tres en tres, no son excesivamente originales, sí que se dan —o repiten— una serie de temas consustanciales a la narrativa bolañana que tienen reflejo también en las prácticas suicidas de sus personajes. Piezas recurrentes que, como en un puzzle, encajan simultáneamente en los suicidas exiliados en quienes la marginalidad y el sentimiento de no estar satisfecho en la propia comunidad, es decir, estar siempre fuera de lugar, mueven todos los hilos de sus existencias.

Elemento constituyente del suicidio en estos personajes es, como hemos señalado, el exilio. No ya esa especie de exilio interior del poeta fracasado que pierde la literatura, sino la condición de exiliado propiamente dicha de aquellos personajes que se sienten exiliados de sus países —de Chile, en su mayoría— y encuentran muchas dificultades —la exclusión, la marginación— cuando quieren adaptarse o integrarse en las nuevas sociedades de las cuales pasan a formar parte (Bolognese, “Pistas de un naufragio” 64). Sobrevivir a ese exilio cuando la nación no

existe —o lo hace sólo como distancia, recuerdo o como irremediable disolución— o cuando la identidad colectiva ha sido pulverizada, porque existía solo como sueño o utopía, implica que la violencia se manifieste de forma trágica en los destinos de esos personajes (Bolognese, “Roberto Bolaño y sus personajes” 245).

En cambio, la vulnerabilidad de la figura del exiliado, Bolaño la dota de otros elementos que definen la literatura del escritor chileno. El tema de la soledad, por ejemplo, como punto de partida o de llegada, es una constante en la narrativa de Bolaño. Uno de los efectos iniciales de la llegada de cualquier exiliado es, precisamente, la mencionada soledad. Todo inmigrante la padece en diferentes grados, ya que deja de ser parte del mundo que quedó atrás, pero no ha pasado a formar parte del nuevo mundo. No existe sensación de pertenencia como requisito para estabilizar la identidad. Con frecuencia los personajes exiliados de Bolaño, incapaces de establecer relaciones fuertes o duraderas en el país al que llegan, también se quedan solos al final del relato y, por opción personal y obligados a huir de esa soledad, acaban cuestionando su propia existencia y desaparecen. La soledad que sufren, heredada del trauma del exilio, acentúa el drama y se convierte en escenario ideal para un naufragio identitario al que parecen estar abocados. En ese sentido, a veces, los espacios en donde acontecen los suicidios se nos presentan mediante una descripción negativa, ya sea un lugar apartado o una azotea desde la que precipitarse al vacío, con el fin de subrayar ese destino de soledad o apartamiento que sufren personajes que no acaban de anclarse a nada ni a nadie (Bolognese, “Pistas de un naufragio” 228).

Unida a esa soledad llena de incógnitas, también moldea el suicidio de estos personajes el clima de tristeza y de melancolía que domina toda la obra de Bolaño y que se mezcla en su universo ficticio, además, con la sensación de derrota y maltrato que arrastran estos suicidas. Son varios los críticos que han notado lo recurrente de esa melancolía en la narrativa del chileno (Aguilar, “Roberto Bolaño entre la historia y la melancolía” 145-151). “La vida es de una tristeza insoportable”, repite Fate en *2666* (378). En realidad, como observa Carlos Franz, lo repiten muchos de sus personajes, con distintas palabras y con distintos pretextos. Casi todos son ferozmente melancólicos (ferocidad y melancolía, a un tiempo) y sus

narraciones tienden a esa inflexión melancólica. Una melancolía que se acerca a la etimología griega de la palabra, *mela-cholé*, la bilis negra, la bilis de las heridas interiores, dijéramos (103).

Sobre esas heridas —el fracaso, la violencia, la soledad, la melancolía— sobrevuelan los exiliados en las novelas y cuentos de Roberto Bolaño. A partir de esa amalgama comprobaremos que el suicidio de estos personajes, casi siempre trágico, en ocasiones incomprensible, a menudo desmesurado, corresponde a un origen, abierta o secretamente depresivo, a una tristeza —con causa casi siempre— que lleva directamente a no tener ganas de vivir, a una lógica interior propia o a una desesperación irreplicable (Montesinos 117,121). Un discurso narrativo, en definitiva, que es una extensión textual hacia el suicidio de elementos temáticos ya conocidos y estudiados en la obra de Bolaño, pero que confluyen con cierta especificidad en estos exiliados marginales y extravagantes cuando de acabar voluntariamente con sus vidas se trata.

EXILIADOS Y SUICIDAS: PERSONAJES EN LA OBRA NARRATIVA DE ROBERTO BOLAÑO

Los personajes de Roberto Bolaño atraviesan el siglo XX. Existen en un mundo terrible en muchos sentidos, un periodo de brutalidad y sufrimientos masivos, quizá sin parangón en el registro histórico. En el siglo del psicoanálisis, de la psicología y la psiquiatría —es decir, de las maneras de justificar el comportamiento humano—, de los regímenes totalitarios, del holocausto, de los feminicidios, de las guerras, de la soledad y la tristeza del hombre asfixiado en las grandes urbes, de la divulgación televisiva y cinematográfica de todo tipo de criminales, esquizofrénicos, neuróticos, neurasténicos y locos; del arte por el arte de hacer arte con todo, incluida la muerte y la depresión, el asesinato y el suicidio. En ese semillero signado por una nueva iconografía de la muerte el siglo XX se convierte —hasta la fecha— en la más compleja, abundante y variopinta etapa en cuanto al hecho de generar suicidios se refiere. Así mismo, es el siglo de las migraciones masivas y la recepción de ciudadanos de otros países como exiliados voluntarios o forzosos en huida por

procesos penales y militares o a causa de circunstancias socioeconómicas. Un fenómeno que tuvo en América Latina una especial significación.

A nuestros efectos, el momento más álgido de ese fenómeno en la historia del exilio obligado en Chile se produce a partir del Golpe de Estado ocurrido en 1973. Aquello supuso un ejercicio de violencia indiscriminado y sistemático que, además de destruir las bases de la República y extender un régimen de terror por todo el país, provocó una dictadura de casi dos décadas que modificó sustancialmente los fundamentos políticos del Estado. Consecuencia de aquellos años fue la masiva salida de chilenos que buscaron refugiarse y asilarse en los diferentes continentes. Entre ellos un grupo numeroso salió por motivos políticos (refugiados, expulsados, expatriados e incluso aquellos que salieron del país por sus propios medios para evitar cualquier represalia) y otros muchos lo hicieron (se estiman unos 800.000) por motivos económicos (durante las crisis económicas de 1973-1977) dentro del período de la dictadura (2005) (“Primer registro de chilenos en el exterior”).

La salida del país por parte de estos chilenos irá acompañada obviamente de una carga social y psicológica muy fuerte. Sus efectos implican un nivel de desarraigo profundo, unido a los traumas de una derrota, a la separación de familias, al tormento de sus pares y a una serie de experiencias que comparten estos grupos pertenecientes a diferentes contextos sociales. Perdidos porque la generación a la que pertenecen ha sido derrotada, pero perdidos sobre todo porque no saben, entre la confusión y el miedo, cómo hacer frente a una nueva y extraña realidad.

Quizás el texto de Bolaño donde cobra mayor protagonismo el elemento temático del exilio en relación con el suicidio sea su primer cuento, “Diario de bar”, escrito a cuatro manos con A.G. Porta. Mario —un joven chileno sin permiso de trabajo, que pasa las noches en vela escribiendo cuentos— es cliente asiduo en el bar atendido por Vila. En una de sus visitas, la primera que se nos narra, la normalidad se interrumpe cuando este le cuenta que un desconocido compatriota suyo se ha suicidado al arrojarse de un séptimo piso, manifestándole el temor de que el suicida hubiera sido él —“Pensé que te habías muerto” (“Diario de bar” 183)

— ya que hacía algunos días que faltaba a su cita. Una terrible noticia que tendrá un efecto premonitorio en Mario: “Mario se vio en la mente del dueño del bar cayendo de las alturas, aplastado contra el suelo, rodeado de pronto de gritos y de voces que se interesaban por él. (...) Y en las prolongadas caminatas con su abuela por el molo de Valparaíso, y en la roca de los enamorados, también llamada El Salto o la roca de los suicidas: un saliente sobre el mar adonde iban a matarse los porteños desesperados, cimentando con sus cuerpos, recogidos de entre los peñascos por los bomberos, la aureola de una cosa sagrada, de la gran piedra, santuario para los otros enamorados que retozaban en sus rincones o el paraje, casi turístico, adonde las viejas inquietas arrastraban a sus nietos” (“Diario de bar” 184 y 187). El relato se cerrará, como se adivina, con el suicidio por imitación del mismo Mario pocos días después.

En ambos casos, se nos hurta el detonante traumático o conflictivo generador de los hechos y solo se nos muestra su consecuencia fatal. Apenas tenemos un par de pistas que nos remiten a la condición de “chilenos” de los dos: el contexto de 1979 que los sitúa como exiliados en Barcelona de la dictadura de Pinochet y una breve reflexión de Mario: “En el fondo era una historia sencilla, pensó el chileno: la guerra de cada día, la de afuera y la de adentro de uno mismo, la lejana y la que corroe las entrañas” (“Diario de bar” 192). Anomia, aislamiento y transculturización como factores de estrés que derivan también en una pérdida de la identidad inicial —como ocurrirá en el relato siguiente— y de sus referentes: “Encontraron el pasaporte debajo del colchón. No dejó testamento, ni dinero, ni ropa, ni un paquete de cigarrillos. Lo puesto y basta” (“Diario de bar” 185).

Del juego entre los niveles del relato —el secreto y el visible, el nudo traumático y la vida cotidiana— se deducen las dificultades para sobrellevar el ostracismo, la inseguridad, la traición, la añoranza, en quien ha experimentado la tragedia de perder ese lugar donde cobraron sentido la comunidad y el lenguaje y no acaba, a causa de un exilio forzado, de integrarse en una nueva cotidianidad. Analizando la novela *Monsieur Pain*, Celina Manzoni escribe: “Un aire de irrecuperable melancolía tiñe la breve novela en la que, lo mismo que en “Diario de bar”, los recorridos por la brumosa escenografía de una ciudad hostil traspasada por

la humedad, la persistencia de la lluvia y del gris sobre gris configuran un espacio quizás brutal y hasta premonitorio” (109). La melancolía y la experiencia del exilio como dos detonadores reconocibles de un proceso de inadaptación que lleva al suicidio. Y aunque no es legítimo cuestionar a alguien que se quita la vida cuando una sociedad entera no deja de arrebatársela, el suicidio acaba por dar la razón a ese mundo hostil.

También asociado al tema del exilio cabe mencionar el cuento “Días de 1978”, incluido en *Putas asesinas*, donde el suicidio es el hilo conductor escondido. El protagonista, B, conoce en una fiesta a U, un joven militante chileno del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) exiliado en Barcelona. A través de este personaje, Bolaño hace un examen crítico de la violencia de la izquierda chilena y latinoamericana —y no solo la de los gobiernos militares de las dictaduras del Cono Sur. U, que muestra con su actitud un gran desapego del mundo y un profundo sufrimiento, queda atrapado en un círculo de violencia y agresividad que se inicia tanto en aquella padecida como en la ejercida desde la izquierda armada, y que acaba desplegándose frecuentemente en múltiples direcciones: primero contra B en una discusión acalorada durante una fiesta que se torna fúnebre y agobiante, luego contra su propia mujer a quien intenta matar. Y, finalmente, manifestando un innato sentimiento de autodestrucción que, a pesar de sus dos tentativas de suicidio, B no intuye: “Nada hay en el rostro de U que delate a un suicida o un intento de suicidio” (“Putas asesinas” 60).

Como se preveía con tales antecedentes —los intentos de suicidio constituyen el mayor factor de riesgo de acabar consumándolo—, hacia el final de la historia, U se suicida en Francia, en un bosque junto a un pueblo: “Al día siguiente un campesino lo encuentra colgando de un árbol, ahorcado con su propio cinturón, una empresa no tan fácil como a simple vista puede parecer” (“Putas asesinas” 66). Al final, ese contacto con otros exiliados chilenos no hace sino aumentar su melancolía y decepción —“la demagogia, el dogmatismo y la ignorancia no son patrimonio de ningún grupo concreto” (“Putas asesinas” 266)— con la izquierda chilena a la que perteneció unos años antes. U, colgando de un árbol, ahorcado con su cinturón, mientras sus documentos están diseminados lejos de su cuerpo, es la

expresión de la infelicidad del exiliado que se siente despojado, engañado y traicionado. Es como si hubiera intentado también deshacerse de su propia identidad y sentido de pertenencia. En ese sentido, es significativo que Bolaño elimine todo lo que pudiese constituir un vínculo con la realidad. Los documentos sirven para identificar a las personas por su nombre, nacimiento, nacionalidad y domicilio. Otorgan una posición social y, de alguna manera, aseguran el derecho a existir, o más bien, son la prueba de ello. Quien se desprende de sus papeles quiere desprenderse de la vida, huir de la confusión.

Dos suicidios, el de Mario y el de U, que pueden ser vistos también como una acción que muestra la libertad del sujeto que encuentra en este gesto extremo una solución a su encrucijada entre el deseo de matar, el deseo de ser matado y el deseo de morir. Los suicidas potenciales son personajes que están al borde de la locura, y que intentan escaparse de ella con distintas actuaciones; el suicidio puede ser para ellos una suerte de rebelión contra una nueva sociedad en la que no se integran, pero también representa una forma de renuncia frente a la condena a vivir en un mundo que no les gusta, ni les comprende. Saber que no hay regreso. Sentirse encerrado fuera de la propia patria. O no comprender lo que te dicen, aun hablando el mismo idioma (Bolognese, “Pistas de un naufragio” 273).

Se podría decir que ambos relatos representan la situación del exiliado chileno que, no coincidente con la experiencia ni con la idea de Bolaño sobre el suicidio, mejor reflejan la idiosincrasia de sus personajes. Pasamos de la visión del país que se ha dejado atrás, aquel que no sólo el individuo abandona, sino que, a su vez, como una reacción mutua, también abandona al individuo. Para Mario y para U volver es solamente posible a través de la fantasía y el recuerdo. Atrapados entre la nueva ciudad, Barcelona (la misma ciudad a la que Bolaño llega desde México en 1977), que les provoca extrañamiento y su país natal que ha dejado de ser el mismo, viven entre una especie de ensoñación y una pesadilla de la que nunca despiertan. Mario lo hace desde la introspección y U de una manera ferozmente extrovertida. El hecho de que cada uno de ellos viva su circunstancia de un modo diferente es una característica que aprovecha Bolaño tanto para indagar en la persona del “yo” de cada uno como para adentrarse en el mundo de ambos y en la

imposición del destino frente a aquellos deseos individuales. Luego, con respecto a las decisiones extremas tomadas por los exiliados, Bolaño se convierte en la narración en mero espectador de los hechos. Mayor parquedad sobre los pormenores de ambos suicidios es imposible.

Desde el punto de vista literario, aparece entonces una de las marcas características de Roberto Bolaño cuando el relato se cierra con un suicidio —o un asesinato—: aquella que impulsa al lector a indagar las causas, los motivos, las claves en la totalidad que antecede al trágico final. Como suele suceder en las narrativas que apuestan a la imposibilidad de descifrar el mundo, a la incapacidad del ser humano para comprenderlo y menos aún transmitir sus complejidades a través de la palabra, la de Bolaño, lejos de evidenciar las claves, las oculta, las borra, las encripta, las multiplica, las atraviesa con la duda, lo incierto o lo ambiguo, instaurando un juego interpretativo a cargo de un tipo de lector deseoso por indagar y desentrañar las razones o sinrazones que llevan a tal o cual personaje al suicidio.

En relación con el exilio y el suicidio no querría dejar de mencionar que, estando la obra de Roberto Bolaño centrada en la vida literaria, circulan entre sus páginas escritores exiliados que prefirieron largarse al otro mundo por la vía rápida. Es el caso de Stefan Zweig (“Entre paréntesis” 218) quien, comprometido con la paz y el sentido unitario de Europa, se suicida el 22 de febrero de 1942, junto a su segunda esposa, Lotte Altmann, en la ciudad de Petrópolis, Brasil, después de ver cómo quemaban sus libros y se registraba su casa de Viena. Confiaba en que la muerte le regalara un aliciente perdido en la vida. No es un suicidio plano, unidireccional o precipitado, sino que tiene una dimensión mucho más compleja, razonada y ejemplar, al estilo de los grandes filósofos grecolatinos (Montesinos 134).

La lista de estos escritores se incrementa con el cubano Reynaldo Arenas quien, opositor al régimen castrista, vivió desde 1980 exiliado en Estados Unidos y se suicidó diez años después: “Sus últimos días fueron de soledad y de dolor y de rabia por todo lo irremediablemente perdido. No quiso agonizar en un hospital. Cuando acabó el último libro se suicidó” (“Los detectives salvajes” 528).

CONCLUSIONES

En los exiliados suicidas de Bolaño confluyen necesariamente factores psicológicos y ambientales. Sin embargo, estos elementos por separado son insuficientes a la hora de dar una explicación adecuada a cada uno de los momentos en los que estos personajes idean suicidarse y lo llevan a término. Analizados los textos donde se dan esos suicidios —sin perder de vista la concepción del mundo literario de Bolaño— podemos concluir que ni las teorías sociológicas (Durkheim, Halbwachs, Sainsbury) que alcanzaron su esplendor entre finales del siglo XIX y mediados del XX, ni las psicoanalíticas (Freud y sus discípulos) bastan para explicar estos comportamientos. Estas razones solo demuestran, quizás, algo que ya era evidente: que los procesos que llevan a un individuo a quitarse la vida son al menos tan complejos como aquellos por los que otro sigue viviendo. Son teorías generales que ayudan a desenredar la maraña de motivos y definir la profunda ambigüedad del deseo de morir, pero desatienden otros motivos y dicen poco de lo que significa ser suicida y de lo que se siente: "El suicidio —asegura el ensayista británico Al Álvarez— es un mundo cerrado de una lógica propia irresistible" (133).

El suicidio de estos personajes exiliados no es consecuencia de una enfermedad mental como la fiebre lo es de la infección. La acumulación de hechos traumáticos vinculados a la represión y a la propia expulsión o huida del país o la desesperación (probablemente lúcida) en el caso del exilio de U —a mayor cantidad de sucesos vitales estresantes (su actitud violenta, el intento de matar a su mujer, sus tentativas de suicidio), mayores dificultades de adaptación— y la pérdida de la pertenencia, el abandono de la cultura de origen que implicaría aparentemente privar a Mario de su status, de sus posesiones y relaciones sociales, sitúa a ambos en una especie de muerte en vida, aunque transcurra —nada se dice al contrario y no puede ser el motivo del suicidio— sin mayores problemas económicos.

En ambos casos, el sentimiento de impotencia, la incapacidad para enfrentarse al nuevo medio y los sentimientos de incompetencia asociados a esta son causa de las dificultades de inserción en una nueva sociedad y cultura que, entre chilenos y españoles, debiera ser más sencilla. No obstante, y aunque debido

a su historia, España había sido tradicionalmente un país de expulsión, es decir, un territorio del que se emigraba o se huía, en el tiempo que probablemente se desarrollan ambos relatos no era una nación preparada para recibirlos, no era hospitalaria, no había un estatuto de refugio ni nada que se le pareciera, por lo que conseguir papeles no resultaba sencillo. En la obra de Bolaño, las reuniones entre estos exiliados, los pisos pequeños abarrotados por los que van llegando, suelen ser frecuentes, sin embargo, en los casos de Mario y de U la existencia de una comunidad chilena organizada no amortigua esa mezcla de ansiedades, tristeza y nostalgia, ni se asocia con una mejor adaptación psicológica al mundo del que ahora ambos forman parte, el mundo que los rodea, que ha dejado de ser el que los hace ser como son y pensar y sentir como piensan y sienten.

Evidentemente, nos faltan datos narrativos, pero no es difícil deducir, de la soledad y aislamiento de los personajes bolañanos, la falta de alianza de amigos y familiares y la carencia de U y de Mario, al menos en ese nuevo contexto, de habilidades para las relaciones sociales e interpersonales. A pesar de esa fragilidad emocional y del déficit comunicacional, Bolaño no se dedica a impedir la autoliberación o autodestrucción de sus criaturas, según se mire. Cada uno goza de reconocida autonomía. Al suicidio, a fin de cuentas, lo ha liberado Bolaño de la idea de crimen (moral, social o individual) y de la idea de afiliación religiosa. En estos personajes el escritor chileno rompe con la reprobación del suicidio y deja de ver la conservación del propio ser como un deber absoluto hacia uno mismo, metamorfoseado como está en drama psicológico y tragedia íntima (Lipovetsky 86-87). En definitiva, los sociólogos y psicólogos que tratan la muerte voluntaria como una enfermedad o los criminólogos que lo hacen como una conducta desviada (Hassemer y Muñoz Conde 52) desconcertarían a Bolaño tanto como los católicos y musulmanes que lo ponen entre los pecados mortales. En cierto modo, el chileno lo ve más allá de la profilaxis psíquica y de la moral como una reacción terrible, pero completamente natural, a las necesidades perentorias, estrechas y antinaturales que nos creamos a veces (Álvarez 285).

Aunque los datos aportados en la narración sean insuficientes, Bolaño no identifica una única causa como responsable del suicidio de Mario y de U. En ese

marco del exilio, la ideación del suicidio está conectada casi siempre con esa idea de derrota personal y colectiva, de frustración existencial y patriótica, de ruina demoledoramente sentida. Cuando estos personajes de Bolaño deciden quitarse la vida han alcanzado cierta claridad pasajera. El suicidio puede ser una declaración de quiebra que juzga una vida como una larga historia de fracasos. Pero esa historia también se resume en una decisión que, por su propia finalidad, no es un fracaso total. Del naufragio de tantas fatalidades no queridas se ha rescatado una suerte de libertad mínima: la libertad de morir de la manera y en el momento elegidos (Álvarez 101).

El suicidio, siempre vigente y complejo, interesa a Roberto Bolaño desde las primeras páginas que escribió. Quizás porque lo tuvo presente en su vida y en sus lecturas, también lo tuvo presente en su escritura. Todos sus personajes sufren y los exiliados lo hacen, sobre todo, a causa de la incomprensión o inadaptación social, de la marginación, de la soledad, de la añoranza de una juventud y un mundo perdidos. Motivos suficientes como para decidir en un determinado momento —sin que su creador cuestione sus decisiones— poner fin a sus días de vida literaria. Permitirles, a fin de cuentas, adueñarse de sus vidas como sinónimo de adueñarse de sus muertes es la idea que Bolaño tiene de dignificarlos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Gonzalo. "Roberto Bolaño, entre la historia y la melancolía." *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*, edición de Claudia Manzoni, Corregidor, 2002.
- Alvarez, Al. El dios salvaje. *El duro oficio de vivir*. Emecé Editores, 2003.
- Andrews, Chris. *Roberto Bolaño: un universo en expansión*. Ediciones U Diego Portales, 2018.
- Aspurúa, Javier. *Diario Las Últimas Noticias*. Santiago de Chile, 4 de septiembre de 2001. www.letras.mysite.com/bolano1210.htm. Consultado el 14 de abril de 2023.
- Bolaño, Roberto y Porta, Antoni G. *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*. Alfaguara, 2006.
- Bolaño, Roberto. *Llamadas telefónicas*. Anagrama, 1997.
- . *Los detectives salvajes*. Anagrama, 1998.
- . *Putas asesinas*. Anagrama, 2001.
- . *2666*. Anagrama, 2004.
- . *Entre paréntesis*. Anagrama, 2004.
- . *A la intemperie. Colaboraciones periodísticas, intervenciones públicas y ensayos*. Alfaguara, 2019.
- Bolognese, Claudia. *Pistas de un naufragio. Cartografía de Roberto Bolaño*. Editorial Margen, 2009.
- . "Roberto Bolaño y sus personajes: vidas de extranjeros en Europa". *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, no. 9, 2015.
- . "Nomadismo, extranjería, patrias posibles: la narrativa de Roberto Bolaño entre dos continentes." *Anclajes*, vol. 25, no. 2, 2021.
- Braithwaite, Andrés. *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Ediciones U Diego Portales, 2006.
- Franz, Carlos. "Una tristeza insoportable. Ocho hipótesis sobre la *melancholía* de B." *Bolaño salvaje*, edición de Eduardo Paz Soldán y Gustavo Faverón Patriau, Candaya, 2008.

- Hassemer, Winfried y Muñoz Conde, Francisco. *Introducción a la Criminología y a la Política Criminal*. Tirant lo Blanch, 2012.
- Lipovetsky, Gilles. *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Anagrama, 1994.
- Manzoni, Claudia, “Ciencia, superchería y complot en *Monsieur Pain*”. Roberto Bolaño, *la experiencia del abismo*, edición de Fernando Moreno. Ediciones Lastarria, 2011.
- Montesinos, Toni. *Melancolía y suicidios literarios. De Aristóteles a Alejandra Pizarnik*. Fórcola Ediciones, 2016.
- “Primer registro de chilenos en el exterior. Chilenos en el exterior: donde viven, cuántos son, y qué hacen los chilenos en el exterior”. *INE-DICOEX*. 2005. www.chilesomostodos.gov.cl/descargas/cat_view/50-registro-de-chilenos.html. Consultado el 23 de abril de 2023.